

«¿Cuál tierra nos han dado, Melitón? Aquí no hay ni la tantita que necesitaría el viento para jugar a los remolinos»<sup>7</sup>.

Rulfo empieza a sugerirnos que los campesinos sin tierra son los «desterrados» que al final podrán universalizarse permitiendo que nos identifiquemos con ellos.

Pero la universalización no le impide a Rulfo poner de manifiesto la concreta realidad agobiante que condiciona el modo de ser de los habitantes de las tierras secas. Rulfo nos informa de la causa del laconismo de sus protagonistas:

«No decimos lo que pensamos. Hace ya tiempo que se nos acabaron las ganas de hablar. Se nos acabaron con el calor. Uno platicaría muy a gusto en otra parte, pero aquí cuesta trabajo platicar. Uno platica aquí y las palabras se calientan en la boca con el calor de afuera y se le resecan a uno en la lengua hasta acabar con el resuello. Aquí así son las cosas. Por eso a nadie le da por platicar»<sup>8</sup>.

El ejemplo muestra la repetición obsesiva con que monologan los personajes, repetición que caracterizando el modo de narrar de Rulfo y el de ser de sus héroes. Repetición que puede o no presentar variaciones formales: platicar, plática, platicaría, calor, calentar, aquí, uno.

«Hemos vuelto a caminar, nos habíamos detenido para ver llover. No llovió. Ahora volvemos a caminar. Y a mí se me ocurre que hemos caminado más de lo que llevamos andado»<sup>9</sup>.

«No, el llano no es cosa que sirva. No hay conejos ni pájaros. No hay nada»<sup>10</sup>.

Este obsesivo no haber nada, esa falta total de vida del llano está repitiendo el comienzo de la narración porque en Rulfo no sólo se repiten las palabras sino también los temas como «el calor», «el camino» y «la lluvia» que se hace esperar como Godot, pero que, como él, no llega jamás.

Rulfo, en su afán repetitivo, cierra el cuento con el mismo motivo que lo ha abierto. Los ladridos de los perros que al principio se oían en un «allá» distante, lejano, se oyen «ahora» marcando dicotomías significativas que son como un paréntesis que encierra el cuento y encierran al hombre en un universo sin posible escape, sin salida.

Al desierto estéril que el gobierno ha concedido a los campesinos se opone el paisaje feliz que precisamente empieza cuando se acaban las tierras regaladas. La antítesis marca y enfatiza diferencias. Si volvemos páginas atrás, comprobaremos, al leer las nueve definiciones que se dan de la llanura, que la sequedad, el calor agobiante y la inutilidad son sus notas caracterizadoras. Muy al contrario, las tierras del pueblo regadas por un río, en su verdor, son símbolos de vida.

«No hay ni conejos, ni pájaros. No hay nada. A no ser unos cuantos huizaches trespeques y una que otra manchita de zacate con las hojas enroscadas; a no ser eso, no hay nada»<sup>11</sup>.

Antitéticamente, ante la contemplación del *locus amoenus* que significa el pueblo, surge repetido por tres veces un jubiloso «nos gusta».

<sup>7</sup> JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», pág. 19.

<sup>8</sup> JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», pág. 16.

<sup>9</sup> JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», pág. 16.

<sup>10</sup> JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», pág. 16.

<sup>11</sup> JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», pág. 16.

Al vacío de color que es el llano se opone la visión de un verde que inunda el paisaje del pueblo, pues no sólo los árboles, sino también los pájaros se presentan con color de esperanza; y mientras la llanura es consonancia de quietud y muerte, el paisaje del pueblo es puro dinamismo y, por tanto, claro símbolo de vitalidad.

Sería fácil pensar que con la llegada al pueblo se acaban las desgracias de los campesinos y que, por tanto, el cuento tendría un final feliz, pero la felicidad se presenta siempre como meta inalcanzable para los desventurados hombres de Rulfo.

Algo verdaderamente importante a la hora de hacer juicios sobre la literatura hispanoamericana es tener siempre en cuenta que, en la evidente unidad de lengua, hay diferencias significativas que, de no ser consideradas, pueden inducirnos a garrafales errores interpretativos. Algo de esto me he propuesto demostrar con el contenido del cuento de Rulfo.

Al concluir «Nos han dado la tierra», el personaje narrador del cuento nos informa de que un compañero, Esteban, dice: «¡Por aquí arriendo yo!»

Las significaciones más frecuentes del verbo arrendar están ya en el tesoro de Covarrubias, que nos indica las diferentes raíces o etimologías de las que procede arrendar. Con «renta» se entronca la significación de alquilar; de «rienda» viene el detener o sujetar las caballerías por las riendas, y del verbo reddo-dis procede el de remedar o contrahacer a otro, imitarle.

Estas tres acepciones básicas de arrendar son recogidas también por el *Diccionario de Autoridades*, por el *Diccionario de construcción y régimen*, de J. R. Cuervo, y por el *Diccionario de la R. A. E.* Idénticas acepciones nos encontramos en el *Diccionario Ideológico de Julio Casares* y en el *Vox, Diccionario General Ilustrado de la lengua española*, y no son diferentes las acepciones que nos da el *Diccionario de uso del español*, de María Moliner, ni las del *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana*, de J. Corominas.

De las tres acepciones, la que se mantiene con muchísima mayor vigencia para un hablante del español de España es la de alquilar especialmente referida a viviendas, locales o fincas. Según esta acepción de «arrendar», es evidente para todo lector español el cuento tendría un final optimista, pues interpretaría que, acabada la penosa travesía del llano, acaban las penurias del campesino, que alquilaría —arrendaría— las tierras fértiles e iniciaría una existencia dichosa.

Bajo nuestro punto de vista, esta interpretación es completamente errónea y está en total oposición a toda la obra de Rulfo.

Hugo Rodríguez Alcalá y Ray A. Verzasconi, en su edición de *El llano en llamas*, Prentice-Hall, Inc., 1973, y en nota 45, correspondiente a «Nos han dado la tierra», consigna: *arrendar*: aquí, ir.

No es el único relato en que Rulfo emplea el vocablo:

«Volvió a hacer la operación de secarse en pelota y luego arrendó río arriba por el rumbo por donde había venido»<sup>12</sup>.

«¿Por qué rumbo dice usted que arrendó el arriero con la Tránsito?»

Pos por ahí. No me fijé.

Entonces orita vengo, voy por ella.

---

<sup>12</sup> JUAN RULFO: «El hombre», en *El llano en llamas*, pág. 44.

¿Y por dónde vas?

Pos por ahí, padre, por onde dice que se fue»<sup>13</sup>.

Consignemos que «Paso del Norte» es uno de los cuentos más regionalistas en cuanto al lenguaje se refiere y en el que Rulfo ha puesto mayor color local en la expresión de sus personajes, por lo que se deduce que la significación de arrendar como ir, marchar, pertenece sin duda a un regionalismo jalisciense que Rulfo conoce bien.

En apoyo de nuestra tesis vienen las repeticiones que en Rulfo pasan de un cuento a otro dotándolos de unidad de estilo y de semejanzas significativas.

En «Nos han dado la tierra» el protagonista-narrador reiterativamente nos informa: «Y a mí se me ocurre que hemos caminado más de lo que llevamos andado»<sup>14</sup>.

Caminar tiene diferente significación que andar, pues mientras andar es trayectoria cumplida, caminar es movimiento sin sentido o recorrido hacia atrás.

«Este blanco terregal endurecido, donde nada se mueve y por donde uno camina como reculando»<sup>15</sup>.

La última cita ejemplifica un caminar inútil del hombre que se reitera en otros relatos: «Camino y camino y no ando nada»<sup>16</sup>.

El cuento de «El hombre», al que pertenece la cita anterior, es una constante huida que acaba con la muerte, por lo que todo caminar ha sido tan inútil como el de los campesinos de nuestro cuento.

Inútil también nos parece el camino de «Talpa» y en el que con el regreso parece que los protagonistas llegan al final de su trayectoria, pero el protagonista se encarga de aclararnos que el regreso no es sino un alto en el camino, un punto de reposo igual al que creemos es el pueblo para los viajeros de «Nos han dado la tierra».

«Y yo comienzo a sentir como si no hubiéramos llegado a ninguna parte, que estamos aquí de paso, para descansar y que seguimos caminando. No sé para dónde, pero tendremos que seguir»<sup>17</sup>.

La expresión «de paso» trae resonancias religiosas en las que la vida terrenal es tránsito para la vida eterna.

El hombre estaría condenado a un caminar sin reposo ni sentido hasta que llegue la hora de la muerte y ni aun en ésta, según testimonian los personajes de *Pedro Páramo*.

Es cierto que «Nos han dado la tierra» es, en un primer nivel interpretativo, un relato sociológico en el que se denuncia lo injusto del reparto; pero todos los relatos de Juan Rulfo tienen un sentido universal y trascendental. El verdadero tema de Rulfo no es la miseria del campesinado de Jalisco, aunque el novelista la denuncie, sino la miseria del hombre universal.

Apoyándonos en el verdadero sentido que «arrendar» tiene en el cuento, creemos en una interpretación muy distinta de la sociológica.

En «Nos han dado la tierra» hay un uso constante y machacón de la construcción

---

<sup>13</sup> JUAN RULFO: «Paso del Norte», en *El llano en llamas*, pág. 126.

<sup>14</sup> JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», pág. 16.

<sup>15</sup> JUAN RULFO: «Nos han dado la tierra», pág. 18.

<sup>16</sup> JUAN RULFO: «El hombre», pág. 45.

<sup>17</sup> JUAN RULFO: «Talpa», en *El llano en llamas*, pág. 65.

impersonal que se inicia en el propio título del relato. Cabe preguntarnos quién es el verdadero sujeto de la donación. El impersonal es la máscara tras la que se esconde el donador. La ironía social del reparto de una tierra estéril está escondiendo a la IRONIA con mayúsculas del eterno y mísero peregrinar humano. El campesino deviene el hombre; el llano, el universo, y tras el gobierno parece esconderse un dios poderoso e injusto que nos ha arrojado a una tierra maldita sin que nos quede la posibilidad de cambio o de protesta «No se puede contra lo que no se puede», dice el campesino al delegado del gobierno. Desterrados del edén, nos han condenado a arrastrar la existencia en eterna peregrinación sin sentido por una tierra muerta. Por ello los campesinos no se quedarán en el pueblo y, como Esteban, tendrán que «arrendar» eternamente en una miserable *peregrinación*.

LUIS ORTEGA GALINDO  
*Río Tajuña, 3*  
*Parque Boadilla*  
BOADILLA DEL MONTE  
*(Madrid)*